



VOL: AÑO 5, NUMERO 14

FECHA: SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1990

TEMA: SUBJETIVIDAD EN LO SOCIAL

TITULO: **La comunidad judeo-mexicana: ¿Integración de dos culturas?**

AUTOR: *Miriam Alfie* [*]

SECCION: Artículos

EPIGRAFE:

"Evocar es someterse a oscuro estado mental para sentir y presentir; sentimiento y resentimiento. Evocar es ascender a sentir con pensamientos, a pensar con emociones. Además diferente de quien sufrió o gozó éste o aquel suceso físico o mental, busco la clave de mi desciframiento, la salida del laberinto".

Luis Cardoza y Aragón.

RESUMEN:

Este artículo intenta considerar algunos rasgos importantes que han dado lugar a la conformación de la comunidad judía al interior de nuestro país, sustentando como tesis central que la llegada de este grupo étnico combinado con la realidad mexicana, ha generado una cultura judeo-mexicana que permea la esfera económica, política, intelectual, artística, etc., creando un abanico de discursos que constituyen conformaciones subjetivas distintas al interior de la comunidad. Por ello mismo, el trabajo busca destacar los pilares que conforman la llamada identidad judía y la particularidad que ésta adquiere en los procesos de integración de la realidad nacional, como un ejemplo interesante de la forma en cómo ciertas subjetividades se conforman, y en la idea de ampliar investigaciones de procesos concretos que presentan características particulares.

ABSTRACT:

The mexican-jewish community: An integration of two cultures?

The Following essay will try to consider some of the most important characteristics that have taken place in the conformation of the Jewish community in our country; sustaining as the main thesis that the arrival of this ethnic group combined with mexican reality, has generated a mexican-jewish culture infiltrating the economical, political, intellectual and artistic sphere, creating vast lectures constituting different subjective conformations to the interior of the community. For this same reason this investigation tries to stand out the pillars conforming the so called jewish identity and the characteristics it acquires in the integration process of national reality, becoming and interesting example of how certain subjectivities conform with each other and of the idea of expanding investigations of concrete processes presenting specific characteristics.

TEXTO

1.

El análisis de los grupos étnicos en nuestro país nos remite de manera inmediata a los indígenas que habitan de norte a sur nuestro territorio. Describir sus culturas y la inserción de éstas en el proceso nacional ha sido la labor de antropólogos, historiadores y sociólogos.

En este panorama, es casi inexistente el estudio, la investigación y la producción bibliográfica sobre los grupos de inmigrantes que han llegado al país, entre los cuales -por citar a algunos- estarían los inmigrantes españoles, chinos, franceses, alemanes, libaneses y judíos, grupos diversos que se han incorporado a la historia nacional y que participan activamente en la economía, la política, el arte, el quehacer intelectual, etc.

En este contexto, el presente trabajo pretende hacer un análisis somero de los judíos en México a partir de su enfoque como un doble proceso: por una parte, la conformación de su identidad y los procesos de integración a la realidad nacional, señalando su participación en varios sectores. Y, por otra parte, se intenta examinarlos desde la perspectiva del proceso inverso, esto es, la conservación de su religión tradiciones, costumbres, e instituciones propias.

Lo que nos proponemos es mostrar cómo la convergencia de este doble proceso ha producido una cultura judeo-mexicana, en donde el discurso que esta cultura ha sustentado no es unívoco y ha dado lugar a la existencia de una variada gama de respuestas y a la conformación de subjetividades que se relacionan con el contexto nacional de una manera particular en todos los planos.

Para poder exponer con precisión esta problemática, definimos a los judíos como un grupo étnico -asentando que este concepto no tiene ninguna connotación racista- y que en palabras de Lucio Levi, son grupos constituidos que hablan la misma lengua, radican en el mismo ambiente y tienen las mismas tradiciones. Estos elementos marcan de manera importante la personalidad y el modo de vivir de una población. "Por otro lado, las relaciones sociales que son la consecuencia de pertenecer a un mismo grupo étnico crean intereses colectivos y comunitarios" (Lucio Levi, 1982: 132-133). La etnia expresa la más grande unidad tradicional de conciencia de especie en sentido de encuentro de lo biológico, de lo social, de lo cultural, una comunidad lingüística religiosa con relativa unidad territorial; una tradición mítico-histórica y un tipo común de organización y espacio (Cfr. Piddington, 1950: 850).

Sin embargo, el concepto de etnia no es un concepto estático, el crecimiento demográfico, los desplazamientos en el espacio, los contactos con otros grupos implican un constante movimiento que hace que este concepto se amplíe. Básicamente el carácter del grupo étnico está dado por características culturales comunes (cfr. Nadel, 1951: 841 y Winick, 1969: 34).

Estas connotaciones definen al grupo étnico en relación y pertenencia a una cultura, entendiendo ésta como una estructura histórica de significantes y símbolos extrínsecos, en donde los individuos interactúan.

La importancia de la cultura implica un esquema históricamente transmitido de significaciones representadas en símbolos; un sistema de concepciones heredadas mediante las cuales los hombres se comunican, desarrollan su conocimiento y sus actitudes ante la vida. (cfr. Geertz, 1989: 87-88)

El elemento clave que conforma al grupo es la adscripción al mismo, esto definirá en primera instancia la identidad básica de los individuos, determinada a su vez por el origen y antecedentes, y asociada a valores y normas que dan pie a una forma de organización social.

A diferencia del concepto de grupo étnico, el concepto de minoría, que se usa en contraposición al de mayoría, indica en el plano numérico un grupo pequeño en un contexto social o político-institucional, el término minoría es usualmente aplicado a grupos subordinados, que no gozan de los mismos rasgos culturales o raciales de la mayoría. Minoría y mayoría son términos escasamente satisfactorios porque el concepto de minoría ha sido objeto de utilización en atroces formas de discriminación, segregación y explotación. (Cfr. Zucchini, 1982, :10131014 y Harris, 1981: 599)

Por ello, nos parece más adecuado el concepto de grupo étnico, pues éste crea posibilidades de ampliar el conocimiento de pautas como la cultura, la religión los rituales, las prácticas y las instituciones que permean la vida cotidiana y asientan que la adscripción al grupo determina la identidad básica de los individuos generando formas de organización social.

Es importante hacer hincapié en que una de las estructuras primarias del aparato ideológico al interior del judaísmo es la Religión, que ha funcionado como centro dinámico no sólo de prácticas religiosas, sino elaborando además todo un discurso moral y ético que permea los diversos ámbitos de la vida judía, la concepción del mundo, de Dios, del hombre y de su historia.

La Religión reconstruye el pasado del pueblo judío, en tanto que existe una unidad indisoluble entre historia y religión. Cualquier hecho histórico que tratemos de investigar nos remite a un hecho religioso; ya sea la salida de Egipto o la estancia de estos en Persia. Pero, la Religión no Sólo da cuenta de un pasado común, sino que delinea la vida cotidiana del hombre a través de leyes transmitidas por tradición oral o escrita que determinan una forma de organizar su mundo y su práctica."La religión funge como una institución de la vida civil" (Popik, 1978, p. 12.) y no es extraño que, durante toda su historia el pueblo judío conocido como pueblo de la "Biblia", la lleve consigo. [1]

Analizar estos aspectos y ampliar el conocimiento de los mismos implica poder adentrarse en factores poco estudiados, pero de gran relevancia, en este sentido, repensar a la etnia como concepto en movimiento, en constante relación con otros factores como la convivencia con otras culturas. El rescatar aspectos como los rituales, las tradiciones y las prácticas del grupo detalla la forma y apreciación de la constitución de su mundo y la autoconcepción sobre sí mismo.

La importancia del grupo étnico sobre el concepto de minoría, radica sobre todo en que el primero establece a la cultura como eje fundamental de análisis, mientras que el concepto de minoría encierra un enfoque numérico, además de que éste ha sido utilizado con fines discriminatorios, de explotación y segregación frente a una mayoría que es el centro, el modelo que impone las reglas a seguir.

Precisamente, hablar de los judíos en México nos inscribe en esta terminología asentando básicamente el carácter cultural del grupo. El pueblo judío que ha mantenido su identidad sin un territorio determinado -hasta antes de la creación del Estado de Israel- no puede desligarse de una larga tradición cultural en donde la migración, desde el año 70 de nuestra era, ha permeado la constitución de este grupo al extenderse por todos los continentes.

En este sentido, existen judíos ashkenazim, [2] provenientes fundamentalmente de Europa: Polonia, Alemania, Hungría, la URSS; judíos de origen árabe que llegaron de Siria, Líbano y norte de África, y judíos turcos que son resultado de la inmigración judeo-española a Turquía y Grecia, conocidos como sefaradies. [3]

La procedencia de diferentes culturas y orígenes imposibilitó la unificación homogénea de todos los judíos, presentando cada grupo subdivisiones a su interior, que tienen su propia organización institucional, sus propias tradiciones y costumbres en relación con las festividades, los ritos religiosos y la vida comunitaria. Estas singularidades son el resultado de una mezcla con un conglomerado cultural, adquirida en los países de origen.

Así, los judíos se han permeado del ambiente cultural que los rodeaba incorporándolo a su propia tradición y costumbres. Este proceso de interacción cultural es interesante de rescatar, pues si bien la constitución de las subjetividades en un primer momento funciona como un proceso intersubjetivo en donde el reconocimiento, la relación y la distinción con el otro da lugar a la propia identidad, todo sujeto se constituye por medio de otro: distinción del otro y reconocimiento por el otro. No basta afirmar lo propio, es necesario delimitar lo propio y lo ajeno. Sólo por referencia a lo ajeno adquiere perfil lo propio" (Norbert Lechner, 1981: 29)

Pareciera entonces que esta diferenciación con el otro tiende a hacerse más sutil en cuanto que se adoptan formas y costumbres de vida ajenas al grupo, precisamente ello nos permite revalorar que la constitución de las subjetividades no se asienta sobre la "pureza" o nitidez de un solo factor; intervienen en este caso distintas facetas en las que, tanto el individuo como el medio ambiente que lo rodea, sientan la posibilidad de diferentes comportamientos, interacciones, etc.

Es también muy importante anotar que si bien en el caso de los judíos se adoptan características de la cultura receptora, simultáneamente se vive un proceso dual de exclusión y autoexclusión en la sociedad que los hospeda. Por ejemplo, en los siglos XVII Y XVIII, la exclusión de los judíos de la sociedad gentil se dio por motivos económicos y políticos, aislándolos de ciertas actividades y profesiones en las que los judíos funcionaron como usureros o prestamistas no sólo de la sociedad civil, sino de los monarcas que los protegieron y aislaron. "Los siglos XVII y XVIII contemplaron el lento desarrollo de las Naciones-Estado bajo la tutela de monarcas absolutos. En todas partes hubo individuos judíos que salieron de su profunda oscuridad para alcanzar la posición, a veces brillante y siempre influyente, de judíos palaciegos que financiaban las obras estatales y realizaban las transacciones financieras de sus príncipes" (Hanna Arendt, 1987: 39). Otro ejemplo de exclusión de la sociedad receptora estaría dado en las sociedades musulmanas, en donde si bien se permite el culto, esta pertenencia obliga a pagar un impuesto "...la gente del libro, 'es decir los judíos y los cristianos', podían conservar su fe, contra la obligación de pagar un impuesto -jizia- por cabeza" (Ikram Antaki, 1989..185)

La autoexclusión impidió la asimilación de estos grupos a las sociedades huésped y aseguró la conservación de la vida "de ghetto" -vocablo de origen italiano, que durante el devenir histórico ha tenido varios contenidos y está aquí referido a una decisión propia en la que el judío vive comunitariamente aislándose de la sociedad que lo rodea. Este proceso dual y simultáneo de exclusión y autoexclusión ha variado en el tiempo y en el espacio; es un proceso que vale la pena tener presente en cuanto que la exclusión de la sociedad gentil es medida en términos de tolerancia y puede incorporar y permitir ciertas actividades a los judíos, en tanto que la autoexclusión ha funcionado, en la época moderna, como factor esencial de la permanencia cultural del grupo y su cohesión en

instituciones religiosas y civiles, así como elemento de participación en la toma de conciencia individual en distintos foros públicos de la sociedad que los acepta.

2.

El examen de los judíos en México implica considerar estas pautas para detallar más precisamente su inserción en nuestro país. Así, los primeros judíos que llegaron a México se registran en la época del Porfiriato; recordemos toda la campaña política del régimen para incorporar colonias extranjeras al país como focos de desarrollo que eventualmente darían lugar a un avance económico. La campaña, sin embargo, no tiene gran éxito y las corrientes migratorias europeas se concentrarán en los Estados Unidos, Brasil y Argentina.

Algunos judíos, apoyados por el programa de inversión extranjera, inmigraron a México principalmente de Europa Occidental, judíos adinerados que veían en México la posibilidad de invertir capital financiero en grandes empresas. "Dentro del grupo de extranjeros, hubo algunos judíos que entraron a las empresas industriales a través de las altas finanzas y del sistema bancario". (Krauze, 1987: 22)

Los judíos más prominentes en México durante el Porfiriato fueron franceses de Alsacia"... y en este grupo ocupaba la posición más alta Edouard Noetzlin; director del Banco Nacional de México. Noetzlin y sus socios, todos judíos franceses, eran miembros de una firma francesa de banqueros que tenían vastas posesiones en Holanda y Suiza" (Krauze, 1987: 68)

Al igual que Noetzlin, hubo otros como Cassel, Speyer, Seligman, etc., que tuvieron un papel importante en el desarrollo de la economía mexicana en este período, mediante su participación en las finanzas, la construcción de ferrocarriles y el establecimiento de varias empresas.

Esta primera inmigración se caracteriza fundamentalmente por ser muy pequeña y, además, porque no presenta rasgos de persecución de las sociedades de origen ni desplazamiento por las mismas, sino que es básicamente una inmigración de judíos con abundante capital financiero, que gracias a la apertura porfirista veían la posibilidad de incrementar sus ganancias en México.

Estos pioneros no pudieron consolidar ninguna institución, precisamente porque la mayoría de los judíos que inmigraron no se reconocen como tales, sino que manifiestan un arraigado nacionalismo respecto del país de origen, sobre todo los franceses y alemanes que estimularon la expansión económica y "contribuyeron al desarrollo de la mentalidad empresarial mexicana". (Corinne Krauze, 1987: 22)

Posteriormente, el período de la Revolución Mexicana coincidirá con el desplazamiento de los judíos de Europa Oriental, suceso que se asocia con los diferentes ataques que sufrió la población de origen judío, sobre todo en la URSS, llamados progroms, y la persecución de los judíos sefaradíes y árabes como consecuencia del resquebrajamiento del Imperio Otomano. Se genera así, una oleada de inmigrantes hacia América con destino fundamental a los Estados Unidos que, por motivos internos, [4] en esos momentos restringirán la inmigración, hecho que da pie a la llegada de varios grupos de judíos a México, provenientes de diferentes países cuyos niveles, cultural y social, presentaban grandes diferencias.

Estos inmigrantes llegaron al país y se insertaron particularmente en el comercio ambulante, actividad económica poco desarrollada en México, pero que en el país de origen ya habían realizado.

En el período de la Revolución el comercio, la industria y la agricultura se encontraban deterioradas, además de que algunas redes de abastecimiento estaban interrumpidas. La situación del país se agravó con la Primera Guerra Mundial, pues se limitaron las importaciones de algunos artículos de consumo. Había redes comerciales que llenar y artículos que suplir. El aliciente más importante lo constituía un mercado interno en franco crecimiento. La integración económica de los judíos fue marcada por sus tradiciones y las opciones que ofrecía el país. (Zárate, 1986: 86).

La conjunción de estas pautas internas y la capacidad comercial de los judíos, propiciaron que el comercio ambulante tuviera un gran auge modificando patrones de consumo y distribución. Los inmigrantes crearon una nueva forma de comercio al llegar a lugares lejanos. Su impacto alteró las formas tradicionales de distribución, amplió el mercado interno y modificó el consumo pues proveían a la población de cierta clase de artículos "nuevos" (bonetería, ferretería, etc.) y de otros más que escaseaban por la lucha armada. La venta en abonos de estos productos aceleró la forma de inserción de ciertos sectores nativos a la economía nacional.

La Revolución que dio entre otras cosas lugar a la inestabilidad y al desorden, provocó que algunos judíos de Europa Occidental, inmigrantes durante el Porfiriato, regresaran a sus lugares de origen o se marcharan a los Estados Unidos, suceso que no ocurre en los judíos de la segunda migración ante la imposibilidad de regresar a causa de la persecución que los había expulsado.

Así, los problemas de la población judía en Europa Oriental, la desintegración del Imperio Otomano y las prohibiciones estadounidenses en cuestiones migratorias dieron pie a que durante las décadas que van de 1910-1930, la inmigración judía al país se incrementara, consolidándose en este período el crecimiento del grupo y el inicio de su integración a la vida nacional. Es preciso aclarar que aún y cuando se tiene registro de que con el descubrimiento de América llegaron judíos y, posteriormente, se registra el caso de los criptojudíos en la Nueva España, [5] la comunidad judeo-mexicana en la época moderna se conforma en esas décadas de 1910 a 1930 y es diferente a sus antecesoras, las cuales desaparecieron; recuérdese la Inquisición y los judíos conversos.

Cabe mencionar que las primeras instituciones del grupo en nuestro país tuvieron un carácter religioso; en 1912 se forma la Alianza "Monte Sinaí", que pretendía unificar a todos los judíos inmigrantes. Esta institución funcionó inicialmente como un centro religioso.

Así, no es difícil recordar que precisamente las primeras instituciones que se crearon en el país, tenían un corte meramente religioso. Estas fueron proliferando, atomizándose en relación a la comunidad de origen, entre 1920 y 1930 las instituciones se ampliaron creando centros de reproducción cultural como planteles educativos, artísticos y centros de reunión. En 1938, se creó el Comité Central Israelita, representante de todos los sectores de la comunidad, y que tenía por función promover los intereses de la misma ante la sociedad externa y el gobierno del país.

Dos factores cobran relevancia en el análisis de la comunidad judeo-mexicana: a) La importancia de la endogamia y b) la ayuda comunitaria.

a) La importancia que desde sus orígenes el pueblo judío ha concedido a la endogamia ha permitido no sólo la conservación del grupo, sino también su no asimilación, es decir, que ha funcionado como un elemento del proceso de autoexclusión y de preservación. En México este fenómeno es muy claro, son pocos los matrimonios mixtos -a diferencia de lo que ocurre en los Estados Unidos-, lo que puede explicarse porque los primeros inmigrantes venían solos, exploraron y conocieron las condiciones del país, se establecieron y sólo después regresaron por sus compañeras a los países de origen.

Esta situación no se da entre otros grupos de inmigrantes que se fueron mezclando con la población del país. La figura femenina en el judaísmo es de gran importancia, pues es ella la guía de los hijos, en ella recae gran peso de la trasmisión cultural y tiene la misión de la continuidad histórica, aún hoy la halajá, (ley que implica exigencias religiosas, que regula desde los alimentos permitidos hasta las relaciones sexuales) establece que es judío aquel que nace de madre judía. [6] El fenómeno de la endogamia ha permanecido vivo al interior de la comunidad.

b) La ayuda comunitaria ha dado lugar a una fuerte cohesión de grupo; estuvo encaminada en los primeros años a conseguir trabajo para los nuevos inmigrantes y a facilitar la incorporación de éstos a la comunidad. Esto frenó e imposibilitó un proceso de proletarización urbana o rural, [7] homogenizando la actividad productiva de la comunidad dando pie a un sector unificado en el comercio ambulante que tuvo una posición ventajosa sobre los comerciantes establecidos, ya que no tenía gastos de local, de empleados o pagos fiscales. Estas ventajas dieron por resultado una gran movilidad económica que impulsó a invertir en el comercio establecido y a la instalación de pequeños talleres manufactureros especialmente en el rubro textil. (Cfr. cuadro 1 con la tabla 1).

La ayuda mutua generó también un proceso de cohesión social del grupo en el cual las familias se identificaban entre sí no sólo a través de la ayuda recibida sino, sobre todo, en la práctica de tradiciones y costumbres religiosas.

Podemos entonces establecer que la llegada masiva de judíos a México se sitúa fundamentalmente en las décadas de 1910-1930; es en los años posteriores cuando se fortalece la comunidad a través de la fundación de instituciones de corte religioso, que su presencia se fue diversificando en escuelas y centros recreativos; paralelamente, las difereocias de origen cultural imposibilitaron la unificación del grupo, generando subgrupos al interior del mismo.

En este proceso de formación de la comunidad judeo-mexicana, debemos destacar como pilares característicos la religión, el fenómeno endogámico, y la importancia de la familia y, por último, la ayuda comunitaria, que permitió una fuerte cohesión social, cultural y económica.

Cuadro 1

Cuadro 1

Tabla 1

Tabla 2

Las décadas posteriores son el preámbulo de la consolidación del grupo en el país; recuérdese, por ejemplo, el régimen Cardenista cuando la posición de México en la

Segunda Guerra Mundial en favor de los aliados y en contra del nazismo, fue un pivote que reafirmó al grupo comunitario en cuestión.

Precisamente es el proceso nacional el que impone, favorece o limita las actividades judías. "La comunidad judía no está encapsulada culturalmente dentro del país, forma parte de él. Es parte constitutiva de la cultura nacional, entendida ésta como el conjunto de culturas particulares que se practican en el territorio mexicano" (Zárate, 1983: 59) El valor positivo de la diversidad cultural proporcionada por los diferentes grupos étnicos puede ser fuente importante de innovación y creatividad para la sociedad en su totalidad. (cfr. Bock, 1977:213-215)

Así como las instituciones se transformaron, los sujetos también lo hicieron, pues éstos se fueron incorporando al proceso nacional, transformando pautas de conducta y comportamiento, adoptando las generaciones nacidas en el país características de la cultura nacional.

El idioma de origen se fue reservando al seno familiar, los judíos se incorporaron al sistema educativo el cual proporcionó conocimiento de la historia mexicana, se compenetraron de formas de vida muy cotidianas que implicaban una apertura hacia lo "mexicano". El acercamiento con la problemática más general, fue fundamental para la integración cultural.

No sólo se compenetraron con la cultura nacional sino que también los miembros de la comunidad judeo-mexicana diversificaron sus actividades aún cuando la gran mayoría siguió concentrada en el comercio y, posteriormente, en la industria textil (tabla 2).

El número oficial de judíos varió; dependiendo de la fuente, se calcula que entre 1900 y 1950 el número de judíos se incrementó de 134 a 17,574 (8) (véase tabla 3); compárese con el último censo de 1980, en el que habla, como dato aproximado de 61,000 judíos (tabla 4). Como se puede observar, para 1950, el grupo está ampliamente asentado en México.

Esta confluencia [8] de culturas, esta integración de procesos comunes, en los cuales tanto la sociedad receptora como el grupo en cuestión se permean recíprocamente, origina características propias, moldea una cultura judeo-mexicana, encuentro de dos culturas que se relacionan y conviven bajo formas específicas, pues los judíos llegaron a México en calidad de inmigrantes, no como conquistados o cautivos, por lo que no hubo enfrentamiento violento entre las dos culturas. En este panorama la conformación de subjetividades al interior del grupo abre un abanico de amplias posibilidades de interpelación de sujetos.

Hablar de una cultura judeo-mexicana es establecer que, si bien existen procesos propios, particulares de la comunidad, el vivir, convivir y hacer suyas tradiciones del medio que los rodea (característica de la cultura judía en cualquier comunidad que los acepta) impone condiciones singulares al grupo, las cuales son diferentes en cada país, especificidades que son dadas por el contexto histórico de su llegada.

Tabla 3

Tabla 4

La tolerancia de la sociedad receptora [9] y la concepción que sobre la inmigración tuvieron los distintos gobiernos de la República, favorecieron el florecimiento del grupo que, aún conservando sus particularidades autoexcluyentes, está inmerso en una realidad

concreta que lo ha permeado de manera definitiva y donde la riqueza de costumbres, tradiciones y vivencias genera posibilidades y enriquece la visión de las subjetividades.

3.

Precisamente bajo este contexto de establecimiento y consolidación del grupo podemos distinguir discursos que interpelan a diferentes sujetos que se adscriben a ellos, identificándose en éstos y conformando su identidad.

En este sentido, al interior de la comunidad hay algunos individuos que se ven interpelados por un discurso que destaca todos los valores tradicionales, cuyo centro vital es la religión, la vivencia de costumbres y tradiciones, en un contexto en donde la familia y la comunidad son los nexos más fuertes que los unifican.

Estos sujetos que han optado por un proceso de autoexclusión, resguardándose en estas instituciones, participan en los sectores de la producción tradicionales en los que el grupo se insertó.

Dentro de este subgrupo, podemos encontrar matices, posiciones de sujetos que van desde una posición radical, ortodoxa, a posiciones más mediatizadas que, siendo conservadoras, se han modernizado e impregnado del medio ambiente que los rodea. Este sería el grupo mayoritario, el cual ha adoptado ciertas características del medio que combina con la cultura tradicional judía.

Un segundo subgrupo ha optado por apartarse de su pasado común, asimilándose a la sociedad receptora, perdiendo todo nexo de unión entre su pasado y su presente, negando con ello su propia historia; adopta así la integración total a la cultura nacional y el abandono del judaísmo. El sujeto deja de reconocerse en la estructura ideológica del judaísmo y pretende eliminar todo vínculo con su pasado inmediato, incorporándose y tratando de participar de lleno en la sociedad externa. En este plano, dicho subgrupo, aún minoritario en México, rechaza cualquier nexo con la cultura judía.

Un caso interesante es el de los judíos de la primera inmigración, los originarios de Europa occidental, que niegan su adscripción al grupo judío y sólo se reconocen como franceses. Este es el resultado de la amplia asimilación y del proceso de emancipación que los judíos habían vivido ya en Europa. Sin embargo, es importante destacar que precisamente su autorreconocimiento como franceses y no como judíos retrasó la formación de instituciones comunitarias, culturales y educativas en México quedando éstas en manos de los judíos de origen sirio. (Cfr. Krauze, 1987: 31- 37)

El último subgrupo se interpela bajo un discurso en el cual la aprobación de la cultura judeo-mexicana implica la aceptación de una identidad contradictoria; esta identidad no puede resolverse en sí misma ni romper con una cultura plasmada en ritos, costumbres, tradiciones y el vivir cotidiano en la sociedad externa de manera integral para incorporarse activamente al mundo. "Así, 'los judíos' quedamos instalados en la contradicción misma de querer a un tiempo conservar y cambiar, ser y no ser" (Sara Sefcovich, 1985: 61)

Esta identidad contradictoria se vive entre dos culturas y se ha integrado en una forma particular, que no puede resolverse en un todo, pues significa tener un pasado y tratar de vivir un presente totalmente disímolos. Visión del mundo en donde es imposible resolver la contradicción misma de vivir entre dos culturas. Sin embargo, esto mismo es lo que ha dado una característica propia a este discurso, en cuanto a que es una forma particular autónoma, de estar comprometido frente a dos historias que implican no sólo posiciones ideológicas, sino sobre todo posturas políticas distintas y, en ocasiones, opuestas, entre

un modo de pensar heredado del judaísmo y el cuestionamiento político e intelectual de una experiencia personal.

Esta contradicción, según algunos autores, [10] sólo puede resolverse mediante la decisión entre el camino de la asimilación o el de la autoexclusión. Sin embargo, a nuestro juicio, la identidad contradictoria no se puede solucionar pues ella constituye un discurso que interpela sujetos, vivirla cotidianamente es el reto. No hay respuestas, no hay predominio de una facción sobre la otra.

Mexicano-judío, judío-mexicano, esta confluencia implica un pasado y presente que se unen, y en donde no hay respuestas unívocas al problema de la identidad. Lo que da lugar al cambio y al desarrollo es este autocuestionamiento permanente. Esta contradicción ha dado lugar al cambio, a la autorreflexión y a la forma específica de ver y participar en la sociedad interna y en la circundante.

CITAS:

[*] Ayudante de Investigación en el Área de Teoría de las Formaciones Sociales, Departamento de Sociología. UAM-A.

[1] La Biblia, conocida como la Torá, es fe, es cultura y es pedagogía. Unidad que no se puede disociar (Cfr. J. Barylko, 1989: 22)

[2] Hablantes de yidish.

[3] Hablantes de ladino.

[4] En 1921 el Congreso de Estados Unidos dictó la primera ley de restricción a la inmigración en la historia de ese país, limitando el universo de inmigrantes admitidos anualmente al 3% de cada nacionalidad que viviera en Estados Unidos, con base en el censo de 1910. Cfr. Krauze, 1987:150.

[5] Conocidos como marranos, individuos que se ocultaban para realizar secretamente los rituales judíos, mientras llevaban una vida cristiana pública.

[6] Este ordenamiento regula la vida judía, desde el nivel más cotidiano, en el cual se detalla el quehacer de los individuos, hasta la organización y distribución de ritos y festividades. La Halajá está en constante revisión sacerdotal.

[7] Fenómeno muy particular de la incorporación de la comunidad judía en México, que sí fue viable en otros países como Argentina, la URSS o los Estados Unidos.

[8] El dato obtenido por la Dra. Krauze el 24 de marzo de 1970 calcula en 32,000 la población judía en México en 1960. La población judía actual es de más de 50,000 miembros. (Krauze, 1987, p. 33.)

[9] Aun y cuando el pueblo mexicano es básicamente católico, no se tenía presencia física significativa judía hasta 1910, por lo tanto, el contacto con la población rural fue casi nulo o se limitó a la compra-venta de artículos. Sin embargo, en las ciudades se presentó hacia la década de los treinta un período de antisemitismo, comandado por los comerciantes establecidos que veían minados sus intereses comerciales frente al ambulante, proceso que fue sofocado por el gobierno de la República y que no tuvo mayor trascendencia. La tolerancia ha sido resultado de un mutuo conocimiento, en donde no existe ni un amplio

antisemitismo ni una xenofobia exacerbada hacia la población inmigrante, ni a los judíos nacidos en el país.

[10] Cfr. Marx, K., 1960, La Sagrada Familia, Grijalbo, México. y a Najenson, J.L., 1980, La cuestión judía Asimilación o Identidad Nacional? Análisis crítico del enfoque de Lenin, Tareas, México, 47: 107-126. Dos ejemplos distintivos de estas posturas.

BIBLIOGRAFIA:

Alfie, M. (1985), La identidad judía: dificultades de una definición, Tesis de Licenciatura, UAM-Azcapotzalco, México.

Antaki, Ikram (1989), La cultura de los árabes, Siglo XXI, México.

Arendt, Hanna (1987), Los orígenes del Totalitarismo. Antisemitismo, Alianza Universidad, Madrid.

Barylko, J. (1989), La educación judía ¿Es judía? Estudios Judáicos, México, 6:21-27.

Beals, R., et.al. (1971), An introduction to Anthropology, Macmillan Publishing Co., Inc, New York.

Bock, Philip (1977), Introducción a la moderna antropología cultural, F.C.E., México.

Geertz, C. (1989), La interpretación de las culturas, Gedisa, Barcelona.

Govensky, B., et.al. (1980), La comunidad judía en México, México, inédito.

Harris, Marvin (1981), Introducción a la antropología general, Alianza Universidad, Madrid.

Krauze, Corinne (1987), Los judíos en México, Universidad Iberoamericana, México.

Lechner, N. (1981), Especificando la Política, en La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado, Siglo XXI, Madrid..

Levi, Lucio (1982), Diccionario de Política, Siglo XXI, México.

Nadel, S.F. (1951), The foundations of social anthropology, Gleoncoe Free Press, Chicago.

Piddington, R. (1950), An Introduction of Sociology, Oliver and Boyd, Edinburg.

Popik, N. (1978), Cultura y transición, depto. de la juventud y el jalutz, Jerusalem.

Sefcovich, S. (1985), "Los judíos: la encarnación de la doble contradicción", Odradek, México, 2: 61-64.

Seligson, S. (1983), Los judíos en México: un estudio preliminar cuadernos de la casa chata, México.

Winick, (1969), Diccionario de Antropología, Edit. Troquel, Buenos Aires.

Zárate, G. (1983), La comunidad judía en México, Historias, Vol.4, Abril-diciembre, México.

Zárate, G. (1986), México y la diáspora judía, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Zuchini, Giampaolo (1982), Diccionario de Política, Siglo XXI, México.